

PANDEMONIUM

261

No. 118

15 de Setiembre 1914

REVISTA QUINCENAL
ILUSTRADA

Año IX



Tipo de Judía de Argelia

Véase el artículo "Argelia la luminosa"

Librería é Imprenta A'sina
SAN JOSE, COSTA RICA

Precio **25** Cént.

LIBRERIA ALSINA



Obras literarias y Novelas
de los más célebres autores

INMENSO SURTIDO
EN EFECTOS PARA ESCRITORIO

Objetos para regalos

PRECIOS AL ALCANCE DE TODOS

Calle de la Estación y Calle 3ª Norte
SAN JOSE, Costa Rica

202
SAN JOSÉ DE COSTA RICA

PANDEMONIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA
DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

EDITORES: MURRAY Y CÍA. • ADMINISTRACIÓN: LIBRERÍA ALSINA

AÑO IX

15 DE SEPTIEMBRE DE 1914

NÚM. 118



DON JUAN RAFAEL MORA.

Ex-Presidente de la República de Costa Rica
Defensor de la autonomía centroamericana en los años 1855 - 1856.
Su centenario se celebra hoy 15 de septiembre de 1914.

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA, DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

EDITORES:

MURRAY Y COMPAÑIA

ADMINISTRACIÓN:

LIBRERÍA ALSINA

APARTADO 249 - TELÉFONO 36

SAN JOSÉ, COSTA RICA, AMÉRICA CENTRAL

CONDICIONES:

Número suelto \$ 0-25
Suscripción por un mes 0-50
" " trimestre (adelantado) 1-25

Número atrasado 0-40
Para Centro América los mismos precios.

Para el Extranjero,
el 50 % en oro de los precios anteriores (peso adelantado)

AVISOS, PRECIOS CONVENCIONALES

SUMARIO:

TEXTO

Las intenciones de Walker	LAURENCE OLIPHANT	Mascarillo	M. DEL PALACIO
El Conde Zeppelin	JELIO CAMBA	El principio de autoridad	MAGÓN
Los Tratados de Washington y la Corte Centroamericana	M. CASTRO R.	El artista y la cámara como ri- vales	
Países del Islam	ISAAC MUÑOZ	Si usted no fuera mujer, ¿qué hombre desearía ser?	MARCELA TENAYRE
Un poeta menos		Revistas	
Hombre contra hombre	A. MARGARIÑO C.		

GRABADOS

Tipo judío de Argelia—Don Juan Rafael Mora.—
Don José Joaquín Mora.—General José M^o Cañas.—
William Walker.—Monumento conmemorativo de la
guerra nacional.—Mr. Edward White.—Lic. don Pedro
Pérez Zeledón.—Lic. don Luis Anderson.—Dr. don
Belisario Porras.—Lic. don Ricardo Jiménez.—Caricatura
extranjera.—Srita. Emilia Keith Alvarado.—
Srtas. Luz Gutiérrez, Clara Murillo, Cludia Mora,

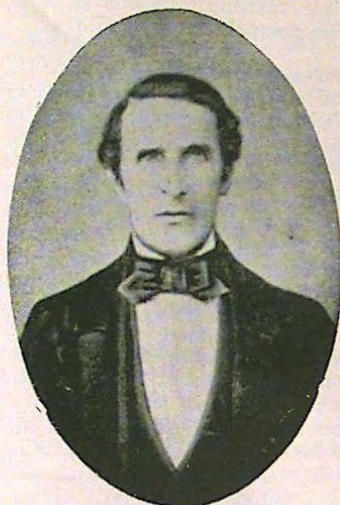
María Isabel Alvarado, Elisa Piza, Clemencia López,
Carmen Castillo—Don Rafael Cardona.—Don Camilo
Cruz Santos—Lic. don Alejandro Alvarado—Don
Rogelio Sotela.—Don Jenaro Cardona.—Don Arturo
García Solano.—Don José Albertazzi Avendaño.—La
Nubulosa Andrómeda.—Desfile frente a la casa Mora.
—Bendición del busto de Mora, en el Cementerio.

Las intenciones de Walker

En una obra del viajero y periodista inglés, Laurence Oliphant (1829-1888), hemos hallado una página en que se habla de nuestra Guerra del 56. Creemos que no es conocida aquí, y por eso la traducimos como sigue:

Cuando visité por primera vez a Nueva Orleans, en el invierno de 1856-1857, uno de los hogares más hospitalarios era el del señor Pedro Soulé, en otro tiempo Ministro de los Estados Unidos en Madrid. Por entonces Walker intentaba hacerse Presidente de Nicaragua y estaba metido en una guerra con los costarricenses, ayuda-

dos éstos, en su empeño de resistir a aquella empresa, con dinero y con hombres, por el Comodoro Vanderbilt, con quien Walker había incesantemente reñido a propósito de la ruta por Nicaragua, cuyo predominio deseaban mantenerlo los capitalistas yankis. El Sr. Soulé operaba como agente de Walker en Nueva Orleans, y me explicó



DON JOSE JOAQUIN MORA

General en Jefe de las tropas centroamericanas
en la campaña contra los filibusteros (1855-56)



GENERAL JOSE MARIA CAÑAS

Héroe de la campaña nacional y fiel compañero
del Presidente Mora en la guerra y en la paz



WILLIAM WALKER

Jefe de las hordas filibusteras



que la intención de Walker no era, como erróneamente suponía el Gobierno Británico, conquistar las pequeñas repúblicas de Centro América, a fin de anexarlas a los Estados Unidos, sino asociarlas en una nueva república Anglo-sajona, proyecto que a mi juicio, aunque emprendido por un solo hombre, no era más inmoral que empresas similares emprendidas por gobiernos; además, con él se intentaba beneficiar no solo a los Estados Centroamericanos sino a la causa de la civilización en general. Observaciones posteriores me han confirmado en este juicio, ilustrado además por la historia de la región durante los treinta años que desde entonces han transcurrido, ya que ha sido presa de revoluciones constantes, sin avanzar en absoluto en las artes de la paz.

Por eso escuché con gusto la oferta de un pasaje libre a Nicaragua que me hizo el señor Soulé, en un buque que trasportaría trescientos hombres de refuerzo para el ejército de Walker; me dió además muy buenas recomendaciones personales para el notable filibustero, a quien el señor Soulé suplía que me explicara la situación política, en la esperanza de que cuando yo regresara a Inglaterra pudiera inducir al Gobierno Británico a mirar las empresas de Walker con mejores ojos. En mi resolución de ir a Nicaragua no influyó ciertamente el hecho de que se me permitiera, si triunfaba en mis gestiones, escoger en la lista de haciendas o estados confiscados, aun cuando es posible que eso obrara como un moderado estimulante; pero recuerdo que entonces dudé algo desde un punto de vista moral. Lo que no me hubiese ocurrido si me hubiera educado en el mundo de los negocios o me

hubiese familiarizado con el arte de formar compañías explotadoras.

Clareaba el último día del año (1856) cuando el buen buque «Texas» salía de Nueva Orleans con trescientos emigrantes a bordo. Nos llamábamos al menos emigrantes, aun cuando las autoridades civiles trataron de detenernos, si bien contábamos con las simpatías del populacho. El observador más sencillo de espíritu habría podido comprender qué clase de emigrantes éramos cuando, distanciados a un día de mar, se instruyó a los reclutas en la cubierta. Había ingleses, antes soldados rasos en Crimea; polacos que habían peleado en la última insurrección polonesa; húngaros que habían luchado a las órdenes de Kossuth; italianos que habían luchado en las revoluciones del 48; «muchachos» del Oeste que habían peleado seis meses en Kansas; del resto, la mayoría había estado en una u otra de las expediciones de López a Cuba. Podían muchos exhibir alabazos y espadaños y cicatrices de las esposas, las que consideraban no menos honorables; a pesar de eso, el más estricto orden prevalecía. No se permitió llevar armas. Siempre había dos oficiales de turno que paseaban con las espadas prendidas a sus chaquetas de cazadores, y una guardia de 16 hombres mantenía el orden. Pero ¡ay! los buenos portes y las finas cualidades de batalladores que estos amables emigrantes poseían no fueron aprovechados; pues al llegar a la desembocadura del río San Juan, encontramos que una flotilla británica, anclada allí para mantener el orden, y también el vapor en que pensábamos remontar el río, ya estaba en manos de nuestros enemigos, los costarricenses.

(Concluirá)

A LOS AUTORES Y CASAS EDITORAS
 PANDEMONIUM publicará referencias y
 aun juicios críticos acerca de las obras que
 se le envíen.

El Conde Zeppelin

El 24 de julio de 1870, cinco oficiales alemanes y siete soldados de caballería fueron enviados a hacer un reconocimiento en territorio francés. Hacía unas horas que se había declarado la guerra, y el ejército alemán no había traspuesto aún la frontera de Francia. Entre las filas francesas, la noticia de la pequeña invasión extendióse como un fuego. Se dieron órdenes rápidas.

Había que apoderarse de los trece invasores, muertos o vivos. Perseguidos por todos lados, los alemanes tomaron la huida. Un teniente, el teniente Winsloe, cayó de su caballo herido de muerte. Este teniente fué la primera víctima de la gran campaña. Tres oficiales más y los siete soldados, rodeados por el enemigo, tuvieron que rendirse ante la superioridad del número. Sólo un oficial se salvó. Cabalgando a toda velocidad, su caballo fué herido de lanza por un jinete francés. El oficial alemán abatió a su enemigo, de un sablazo, le quitó la montura y volvió a Alemania con todos los datos que necesitaban sus jefes.

Aquel oficial era el Conde Zeppelin. Zeppelin había combatido ya, años atrás, en la guerra americana de rebelión. Un día en que el ejército federal resolvió espiar los movimientos del adversario mediante un globo cautivo, Zeppelin subió. De aquel globo cautivo han nacido estos enormes dirigibles, *dreadnoughts* del aire, que le dan a Alemania tanta confianza y tanto orgullo.

Fué en 1892, retirado del ejército con el grado de General de Caballería, cuando Zeppelin se dedicó de lleno a la aviación. «Quiero construir un navío—decía él entonces, con palabras que traduzco casi literalmente—capaz de viajar hasta sitios que no pueden ser alcanzados por mar ni por tierra. Mi globo dirigible debe poder viajar varios días sin renovar el gas ni las provisiones; su velocidad debe ser rápida y segura; sus movimientos

de ascenso y de descenso deben ser fáciles».

Estas palabras produjeron en toda Alemania una hilaridad estupenda. El Conde Zeppelin comenzó a salir en coplas. Durante mucho tiempo fué el tema predilecto de los cabaretistas y de los autores de revistas teatrales. Para llamarle a uno loco, se le llamaba Zeppelin. Si algunos le consideraban cuerdo era únicamente en atención a sus peticiones de dinero. Zeppelin, en efecto, le pedía entonces dinero hasta a su sombra. Quería dinero para construir un globo y convencer a la gente. Cansado de las negativas que obtenía en su patria, llegó a dirigirse a un millonario norteamericano, propietario de varios periódicos. Le pedía cien mil marcos y le hipotecaba... su porvenir.

—*Crazy!*—pensó el yanqui.

Y le contestó diciéndole que él no prestaba nunca oídos a los visionarios. Zeppelin invirtió toda su fortuna personal y la de su familia en la construcción de varios modelos; pero la práctica no respondía a la teoría, y los dirigibles no volaban. Uno de ellos explotó. A raíz de la explosión, se cantaban en Berlín, con aire de *cakeval*, los siguientes versos:

*Zeppelin. Du hast ein Luftschiff gemacht es
ist explodiert
un du bist blamiert...*

Pero el antiguo oficial, que al comienzo de la guerra franco-alemana había sabido abrirse un camino a través de las filas francesas, no era hombre para desanimarse mientras tuviera vida.

El *Zeppelin III* apareció en los aires, enorme, seguro y magnífico, en el verano de 1907. Los alemanes le veían navegar y no podían dar crédito a sus ojos. Aquel *Zeppelin* realizó seis vuelos, el último de los cuales duró ocho horas, y cubrió una distancia de 200 millas. Zeppelin no estaba loco.

¿Quién había dicho nunca que estuviere loco? Lejos de estar loco, poseía el cerebro más equilibrado de toda Alemania. Comenzó a comparársele a Galileo y a otros hombres de ciencia, que también pasaron por locos en un tiempo. Zeppelin dejó de ser un tema de canciones alegres para convertirse en motivo de himnos patrióticos. Pasó de la revista a la epopeya; de la caricatura al retrato apologetico, con orla de laurel, al bronce y al mármol. No se hablaba más que de Zeppelin. Salieron a la venta alfileres de corbata en forma de globo dirigible, pañuelos de bolsilla con un Zeppelin impreso, y hasta surgieron en los *restaurants* algunos platos a la Zeppelin. El Conde de Zeppelin tuvo dinero a manos llenas. El Gobierno, además de comprarle el Zeppelin III, le dió ciento veinte mil marcos para experimentos sucesivos. En el Reichstag se votó una ley autorizando al Conde para lanzar una lotería y recabar fondos. Entusiasmo delirante. Exacerbación del patriotismo. El mundo entero conquistado en un porvenir muy próximo. La luna, posesión alemana. Un mercado en el

sol para los fabricantes alemanes de botones. *Deutschland uber alles...* Y un año después, cuando ocurrió la catástrofe del Zeppelin IV, Alemania reunió en seis semanas seis millones de marcos, a un millón por semana, y se los dió al Conde de Zeppelin para que siguiera adelante. Hoy, el arsenal de Friedrichshafen, en el lago de Constanza, cuyas aguas, medio alemanas y medio suizas, han poetizado tantos idilios burgueses, puede construir en menos de un mes Zeppelins de las mayores dimensiones.

El dirigible número 25, que representa un progreso enorme sobre los anteriores, surcará los aires en este mismo verano. Zeppelin no descansa. Ahora está trabajando en un nuevo motor, que permitirá la construcción de dirigibles enormes, capaces de conducir más carga y de hacer recorridos más largos sin tocar tierra, y cuando estos dirigibles sean una realidad, entonces el viejo Conde podrá poner en práctica su sueño dorado: irse al Polo Norte por el camino de las nubes.

Julio Camba



MONUMENTO CONMEMORATIVO DE LA GUERRA NACIONAL

Los Tratados de Wáshington y la Corte Centroamericana

(Colaboración especial para Pandemónium)

Los pactos internacionales subseritos en Wáshington, nacidos al calor de las anormales circunstancias que el año 1907 privaban en Centro América, no gozan de gran favor en la opinión pública, quizá por obra de recelos y desconfianzas que aparejan visibles zozobras, difíciles de evitar a la luz de un razonamiento estrictamente filosófico, porque ese criterio de advertisión no descansa en cánones científicos con los cuales pudieran chocar los términos de los Tratados, sino en torcidas interpretaciones que han sufrido éstos al tratar de fijar en líneas concretas su verdadero alcance internacional.

De ahí la imperiosa necesidad de mantener completa disciplina sobre el espíritu y huir de prejuicios apasionados, para juzgar en todo su valor moral y jurídico la obra, árdua y complicada, de los Plenipotenciarios de 1907; la cual, si no tiene los atributos de la perfección, hay, al menos, que declarar que tuvo hermosas aspiraciones y obedeció a nobles ideales.

Pero en las arideces de nuestra política la serenidad de criterio es planta exótica. Atamos las ideas al carro de la pasión; y tan mala consejera se encarga de poner densas sombras a la obra de nuestra diplomacia, como si acumulando amarguras y anatemas pudiéramos hallar, al fin, la fórmula salvadora que evite el naufragio de estas nacionalidades y afiance, al propio tiempo, el imperio de las instituciones republicanas.

Hay, sin embargo, voces sinceras, atemperadas por la verdad, que señalan camino a la esperanza. No todo se consume en la hoguera de la pasión o del interés. Surgen, de cuando

en vez, palabras de elogio para aquellos negociadores a quienes no es dable señalar una sola claudicación vergonzosa ni un sólo compromiso irritante, que pueda deducirse honradamente del texto o del espíritu de los Tratados de Wáshington.

Nada hay en ellos que afecte el honor nacional. Nada que sea en detrimento del poder irrestricto de soberanía. Nada que nos coloque como pueblos incompetentes. Por el contrario, sugestivas declaraciones de paz, justicia y solidaridad exornan el cuerpo de los Tratados que dieron vida a un sistema nuevo de Derecho, que de cumplirse fielmente haría prósperos y felices a los pueblos centroamericanos.

Estas breves consideraciones, escritas cálamó corriente, nos la surgiere la lectura de la Tesis doctoral del joven salvadoreño don Alberto Valdivieso, intitulada *Algunas consideraciones sobre los Tratados de Wáshington*, tanto porque ese trabajo está impregnado de un amplio espíritu de justicia y tolerancia, como porque contiene algunas reflexiones en orden a la creación del Tribunal Centroamericano, llamado a dirimir las disputas entre los Estados dignatarios, y, en algunos casos, destinado a servir de baluarte a los fueros individuales.

Esa institución ha sido el blanco de los ardorosos entusiasmos de muchos escritores de patriotismo ingenuo, que contemplan a la Corte Centroamericana vinculada a extraños Poderes y contaminada, ipso facto, del pecado de origen que hacen pesar sobre los Tratados de Wáshington.

¡Funesto error! El Tribunal es una hermosa creación del ideal de paz.

Persigue el fin nobilísimo de la justicia, y en su limitada esfera de acción es vigoroso sostén de los atributos de la soberanía.

Establecer una fórmula obligatoria de arbitraje, que solucione judicialmente los conflictos entre entidades soberanas, es paso gigantesco hacia el progreso. Llamar a juicio a un Gobierno en nombre del derecho individual vulnerado, es conquista maravillosa que convierte al ciudadano en sujeto de derechos internacionales. Poner nuestras diferencias y disputas en la balanza de la justicia, es muestra elocuente de cultura, muy digna de tomarse en cuenta ahora que presenciábamos, conmovidos y absortos, el desgarramiento de un todo un continente. Y, por último, cuán hermoso y consolador debe ser para los espíritus que anhelan el resurgimiento de una unión estable, sentirse fuertemente vinculados a un Tribunal que realiza la función de la justicia por medio de jueces nacionales, llamados a buscar inspiraciones en la conciencia de estos pueblos.

¿Por qué, pues, se adversa a la Corte?

Valdivieso señala como la causa de ese sentimiento de hostilidad al Tribunal Centroamericano «el carácter de permanente que le dieron los negociadores sin fijarse en la trascendencia de la medida ni en los escollos y peligros a que lanzaban dicha Institución».

«Un personal permanente—agrega—que aplique justicia en forma imperativa, a semejanza de los órganos de derecho interno, requiere necesariamente una cultura y respeto tan extraordinarios que pasarán estos pueblos muchos lustros de depuración constante sin obtener esos nobilísimos atributos».

Estamos en presencia de un razonamiento juicioso, digno de discutirse.

No caen ahora sobre la Corte de Paz las maledicencias de un gobierno despechado, ni los ataques irrespetuosos de emigraciones políticas que, en muchas ocasiones, vieron desfraudado su empeñoso afán de convertir la misión altísima de la justicia internacional en

asidero de odios. Trátase de una concepción sincera—dolorosa, pero bien intencionada—que examina la creación y existencia del Tribunal a la luz de la sociología, para deducir, en consecuencia, su inadaptabilidad al medio ambiente, saturado todavía de deficiencias atávicas.

Causa pena ver a los abanderados de la juventud poner tintes de amargura al referirse a la lenta evolución operada por nuestros pueblos en el decurso de su vida libre, como si sólo ellos fueran dignos de soportar la pesada carga de nuestros verros.

No. Los pueblos aman la paz y el trabajo. No presentan grandes resistencias a las conquistas modernas. Al contrario, revelan de continuo una poderosa acción asimiladora, encaminada a destruir asperezas, rivalidades y miserias.

Su limitada visión apenas alcanza al anhelo de una vida de paz y bienestar; la única adecuada al desarrollo de su actividad.

Son con harto frecuencia las clases dirigentes quienes siembran la semilla de la duda y trafican dolosamente con los ideales.

Tal acontece con la Corte de Justicia Centroamericana, cuya alta misión no necesita elogios, ya que entraña la función del arbitraje obligatorio en su forma más solemne y elevada.

Los que la adversan, posponen los intereses de la justicia a las conveniencias políticas; olvidan el fin concreto de la institución, y desconocen el círculo estrecho en que se mueve.

Quienes recibieron jubilosos el advenimiento de la Corte, por juzgarla, como dice el inteligente doctor Valdivieso «la panacea de todos sus dolores», sufrieron tremendo error.

Ella no vino a demoler lo existente, ni siquiera a preparar reformas para el futuro. Nació como organismo jurídico-internacional, destinado a dirimir mediante demanda en forma las disputas que pudieran surgir entre los gobiernos.

Y, si de particulares se trata, las exigencias del Pacto son mayores.

Los Plenipontenciarios de 1907 crearon un Tribunal netamente jurídico, en el cual los jueces no están investidos de facultades políticas o judiciales para obrar espontáneamente.

Puede el destino inclemente azotar a Centro América con grandes cataclismos morales; y puede la adversa suerte depararnos conflagraciones bélicas de un extremo al otro del Istmo. La Corte, atenta al fin único de su existencia, presenciara impasible la catástrofe, en espera de una *acción judicial*.

No es dable desconocer que la inactividad del organismo internacional, creado por los Tratados de Washington, es causa de desprestigio a los ojos de la generalidad. La vida se traduce en movimiento; y todo lo que en forma activa no contribuye al desarrollo armónico de la sociedad, júzgase rueda inútil.

Siempre he mantenido este criterio. El año 1912, investido del carácter de Secretario de Estado, expuse al Congreso Nacional de El Salvador estas ideas:

«Estoy seguro de que si a ese Honorable Tribunal se le otorgaran poderes más amplios, en el sentido de facultarle para hacer sentir su acción moral, no sólo en caso de litigio, sino en general, en todas las ocasiones en que vientos de revuelta amenazaran a Centro América, los resultados serían de innegable utilidad».

«El genio de Bolívar quería para toda la América Latina, un gran Tribunal, «consejero en los conflictos, fiel intérprete de los Tratados y conciliador en nuestras diferencias». Pues bien, fácil sería para Centro América realizar en pequeño aquel hermoso pensamiento; dando a la Corte de Justicia Centroamericana, no sólo facultades judiciales, sino políticas, de índole preventiva».

Pero la realización de ese bello ideal está todavía lejano. Por hoy tenemos que conformarnos a la estricta disciplina del Tratado y ver en la Corte Centroamericana una entidad jurídica, atada de manos para todo aquello que no entre en la *poteslas judicandi*, ejer-

citabile sólo a instancias de parte legítima.

Justo será, sin embargo, reconocer que el Tribunal Centroamericano involucra un paso en firme hacia el ideal de paz.

Los atrayentes proyectos de Enrique IV, Eméric Crucé, Abate Saint-Pierre, Kant y Saint-Simón, apenas pueden recordarse como bellas iniciativas fracasadas. Y en cuanto a las Conferencias de Paz e Interparlamentaria, la Oficina Internacional de Berna y el Instituto de Derecho Internacional, si bien han logrado conquistas parciales y transitorias, no ofrecen un cuadro que satisfaga la aspiración de paz. La propia Conferencia de La Haya, impulsada por la famosa circular de Mouravieff, Ministro de Negocios Extranjeros del Imperio ruso—de resultados nugatorios, por la creciente pretensión de una absoluta hegemonía en el mundo—no logró alcanzar un progreso tan remarcable como el realizado en las Conferencias de Washington, que dieron vida a un Tribunal Internacional, si bien de índole limitada en sus atribuciones, sin las desconsoladoras reservas, en materia justificable, que han hecho fructáneo el pensamiento que alimentó las Conferencias de La Haya.

En Centro América impera el arbitraje obligatorio, no facultativo; total, no limitado. Todas las materias controvertibles, inclusive las causas relacionadas con los *intereses vitales*, caen bajo la sanción arbitral, confiada a jueces nacionales. Antes, esa misión estaba confiada a los Presidentes de Estados Unidos y México, en quienes habíamos delegado la facultad de dirimir nuestras querellas. El estudio de los Tratados centroamericanos, anteriores a las Conferencias de Washington, nos traerá el triste convencimiento de cuán lejos estábamos de haber cimentado el edificio de la paz sobre bases sólidas. La guerra con su cortejo de amarguras se imponía sobre el texto de los pactos. Y, tejiendo y destejiendo, pasamos luengos años de nuestra vida libre.

La Corte señaló nuevos horizontes

al porvenir venturoso de estos pueblos.

Recuérdese que mediante su fallo arbitral, dictado en 1968, evitóse una guerra sangrienta entre cuatro Estados signatarios, y que la absolución de los gobiernos demandados fué estrictamente justa, mal que pese a quienes pretendieron encender, con sus iras envenenadas, la tea de la discordia.

Entonces comenzó el via-crucis de la institución. La pasión política construyó calumniosas versiones y levantó una montaña de crueles maledicencias; pero la cordura se impuso y la paz cobijó con su manto a estos pueblos, cansados ya de tanto sacrificio estéril.

Algunas veces pudo la Corte cometer yerro. No seré yo quien resulte solidario de todas y cada una de las decisiones dictadas en seis años de su existencia. En dos ocasiones, ya de Magistrado, mi voto no concurrió a formar sentencia; mas, ¿por qué dudar de la rectitud de criterio? En el campo de los principios, muchas diferencias de doctrina separan a los hombres. Y si el mal, como piensan muchos, radica en la estructura rigurosa del Tratado, ¿por qué no provocar su reforma?

Y esta es ocasión para declarar paladinamente que acepto de buen grado esa reforma si, como desea el doctor Valdívieso, ella sólo tiende a quitar a la institución centroamericana su carácter de Tribunal permanente.

No estimo que esa condición sea necesaria a su prestigio, ni que en alguna forma se comunique mayor independencia o seriedad. Por el contrario, se impone la confesión de que libertar a la Corte del epíteto de gravosa con que a diario se le señala, es aspiración arraigada en mi espíritu.

Desde el año retropróximo fijé mis ideas al respecto, comunicando al Honorable Magistrado de Honduras la iniciación de un proyecto que entrañaba la innovación apuntada; y mi corta experiencia posterior ha mantenido el anhelo de reforma.

Venga ésta en buena hora, siquiera sea para exonerar a los Magistrados de una censura injusta, enervadora de legítimos entusiasmos.

Sólo sí que precisa no perder el terreno conquistado, exponiéndonos a mayores asechanzas. Manténgase, en absoluto, la obligación indeclinable de ocurrir al arbitraje judicial en todos los casos previstos en el Tratado, y rodéese la elección de *jueces posibles* de toda garantía de independencia. Confiar esa elección, cada quinquenio, a la decisión del Poder Legislativo, o, si cabe, al Judicial; declarando, al propio tiempo, la absoluta inamovilidad de los electos, son condiciones de las cuales no será dable prescindir, si, en verdad, todos anhelamos que la delicada función arbitral no se torne, como ocurrió antaño, en juguete de pasiones políticas.

Y nada habrá ganado Centro América si los Gobiernos lejos de prestigiar al nuevo organismo, le abandonan, con olvido punible de los altos fines que persigue, a una vida de perpetua languidez.

Jueces permanentes, o jueces temporales—en tanto no se ensanche la esfera de acción del Tribunal—su objetivo único será fallar litigios, incoados por el Estado vulnerado en sus derechos, o por el ciudadano cuya prerrogativa de hombre libre haya sufrido lesión, con tal que ésta invista al ofendido de derechos internacionales.

Por lo demás, no olvidemos los centroamericanos, que si Breno, en su insolencia, no temía sino ser aplastado por el Cielo, nosotros no debemos temer sino con igual intensidad ser aplastados por la Guerra.

Sí. Una lucha sangrienta acaba con el tesoro de nuestra soberanía. Y entonces, no achaquemos a los Tratados de Wáshington lo que es obra de nuestro dolo o negligencia.

M. Castro Ramírez

La Administración de PANDEMÓNIUM suplica a los suscriptores de los pueblos donde no hay agente para el cobro, se sirvan mandar a cancelar sus recibos de suscripción directamente a esta oficina, para no interrumpir el envío de la Revista.

Humorismo de nuestros caricaturistas



FANTASIAS GUERRERAS

Novísimo plan de invasión a París por la vía aérea

Países del Islam

Argelia la luminosa

Por Isaac Muñoz

Argel, Hemcen, Biskra, Constantina, son bellos nombres que aún evocan con maravilloso prestigio, los tiempos preciosos y heroicos en que toda la dorada tierra africana era como un fascinador jardín de ensueño, bajo las ilustres estirpes de los príncipes de Arabia y de Turquía.

La blanca Argelia, que actualmente surge a la vida civilizada con vibrante y ardentísimo ímpetu juvenil, conserva intacta, sin embargo, su antigua y originalísima médula primitiva, y ofrece en peregrino contraste curiosísimo, juntamente con todas las modalidades del más refinado europeísmo, los viejos encantos inmovilizados de la vida árabe, hecha de dulces y sabios sueños, de éxtasis inefables, de suaves melancolías y de poéticas y exquisitas voluptuosidades.

Las fases de la interesantísima vitalidad oriental, en la clara y armoniosa Argelia, presentan diversas complejidades, que es preciso investigar aislada y sutilmente, si se pretende llegar a la completa y radiosa visión del país.

Aunque aparentemente fundidas en el fervido credo del Islam, en la Argelia existen tres razas distintas dotadas de una prodigiosa tenacidad de existencia, que ni han perdido sus específicos caracteres esenciales, ni en modo alguno desvanecen sus acerbos perfiles étnicos, bajo la voraz y absorbente influencia franco-hispánica.

En las altas montañas, cubiertas de espléndida vegetación, de profundos y misteriosos bosques, contemporáneos de las primeras edades de la tierra, habitan bajo sus negras *gurbis* los kabilas, los fieros berberiscos de tez de cobre, de pupilas fulgurantes, de músculos de acero, de indómita bravura, que

desde los siglos más remotos han luchado contra cartagineses, contra romanos, contra bizantinos, contra todos los pueblos que han pretendido dominar la hosca tierra africana.

En los *duares* herberiscos, regidos por una especie de igualitario comunismo social, el más anciano de los pobladores es siempre el jefe de la tribu, y sus decisiones se interpretan como leyes fundamentales.

Las tribus se consagran al cultivo de la ganadería o a la agricultura, y muy generalmente a la guerra, que constituye la ocupación predilecta de las razas de Africa.

Las mujeres de estas tribus, que son tan bravas, de tan soberbio temple, y aun de mas violenta ferocidad que los hombres, poseen bellezas misteriosamente fascinadoras. Morenas, con un rico y ardiente tono de dorado, de rojos labios sangrientos, llenos de crueldad y de ímpetu sensual, con dientes fosforescentes de blancura y negras pupilas, hipnóticamente sombreadas y alargadas por el *kyal*, llevan normalmente, contra la vieja costumbre islámica, descubierto el rostro, y visten como reinas bárbaras o como sacerdotisas de un culto enigmático y magnífico, sedas centelleantes, diademas de oro y piedras preciosas, velos constelados de fulgores, ajorcas suntuosas que ciñen sus brazos ágiles y sus piernas rítmicas.

Cuando estas mujeres tienen el primer hijo varon, colocan sobre sus frentes una estrella azul y plata, que simboliza el disco solar, y momentos después del nacimiento de la criatura, todavía pálidas y extenuadas, ante la tribu entera, exaltada y frenética, que grita enloquecida, levantan al niño

entre sus brazos, como para ofrendarlo al padre Sol.

Los árabes que arribaron a la hechizada Argelia, cuando las tribus de los desiertos de Arabia dominaron el mundo, guiadas por la palabra de fuego del Profeta, ofrecen dos aspectos de vida absoluta y totalmente diversos.

Los próceres descendientes de aquellos preclaros príncipes que engendraron con su divino genio las supremas civilizaciones de Kufa, de Damasco, de Kairuan, de Granada, habitan en las ciudades esos preciosos palacios de ilusión que diríanse hechos con sueños, y bajo la evocadora armonía de las aguas que surten eternamente las fuentes de marmol, caladas como joyas, preparan en un dulce silencio inefable, un glorioso renacimiento de los días de púrpura y oro del Islam.

En todo el Oriente, inmovilizado y rígido durante siglos, surge actualmente un vasto movimiento de vitalidad, más bien de resurrección, y en Túnez, en Argelia, en Egipto, se exterioriza con potentísimo relieve.

Juntamente con este aristocrático contingente arábigo, existe otra inmenso núcleo del mismo origen, que fiel a las viejas tradiciones de la raza, ha permanecido tenazmente nómada y solitario.

Estos puros árabes argelinos recorren incesantemente los muertos arenales del Sahara, como en otro tiempo peregrinaban sus padres por los desiertos del Hedjias.

Los aventureros beduinos, con sus mujeres, sus hijos, sus camellos y sus tiendas, comercian con el oro, con el marfil, y con los esclavos de las tierras negras, y ellos son los que con el descarnado rostro de águila oculto por blancos velos, roban de cuando en cuando los *duares*, y desaparecen como el viento del desierto, dejando tras de sí una trágica huella de sangre y de muerte.

Los árabes nómadas son absolutamente inadaptables, y reproducen íntegra y exactamente el tipo más noble de las ilustres estirpes de Medina y de la Meca.

Orgullos, bravos, poéticos y caballescrescos, aman el valor, las leyendas, la soledad y los terribles desiertos abrasados por el sol, por los que solo cruzan las negras alas funerales de los cuervos.

Después de los árabes, los turcos conquistaron la Argelia, y aún su dominación ha dejado huellas muy profundas en las ciudades, especialmente en la luminosa Argel.

Estos turcos, constituyen lo que pudiéramos llamar la morbosidad islámica en Africa, y ellos representan lo que hay de menos fluído, de menos exquisito en la civilización oriental, y al mismo tiempo lo que hay de más sensual, de más mórbidamente vicioso, en las podridas modalidades asiáticas.

Unidas sin embargo estas milenarias razas de Oriente a las vibrantes y potentes razas europeas que integran la vasta población colonial, componen un conjunto tan complejo y al mismo tiempo tan original, tan vivo, tan audaz e inconcebiblemente *nuevo*, que es su más secreto y penetrante encanto.

Al mismo tiempo, en el orden político se forma lenta y calladamente un joven Estado, que pletórico de ardor, de fuerza y de energías, será pronto como una futura Cartago que ha de ejercer hondísima influencia en este azul Mediterráneo mar palpitante de los sueños, de los heroísmos y de las diosas.

* * *

Isaac Muñoz vive la vida del Islam. El Gobierno de España ha subvencionado a este escritor estudioso y de tan variada y extensa cultura arábigo, que lo coloca a la cabeza del movimiento cultural Mogrebi. Son, pues, sus impresiones, algo más que visiones ligeras de un viajero que desflora apenas con su mirada el horizonte pintoresco de lo exótico: son el resultado de un estudio hondo y metódico, que le permite enriquecer la gama poética de su imaginación con la vigorosa y definitiva pincelada de la verdad vista de cerca y de la palpación real de la vida que describe.



Un poeta menos

De Bogotá nos escribe nuestro amigo F. Restrepo Gómez: «Ahora acabamos de perder a uno de nuestros más altos poetas: Enrique Alvarez Henao, que ha muerto joven y a quien hemos llorado y lloramos aun inconsolablemente».

Dos sonetos de Alvarez Henao indudablemente pasarán a las futuras antologías poéticas hispano-americanas.

Helos aquí:

La abeja

Miniatura del bosque soberano,
Y consentida del verjel y el viento,
Los campos cruza en busca del sustento,
Sin perder nunca el colmenar lejano.

De aquí a la cumbre, de la cumbre al llano,
Siempre en ágil, continuo movimiento,
Va y torna, como lo hace el pensamiento
En la colmena del cerebro humano.

Lo que saca del cáliz de las flores,
Lo conduce a su celda reducida,
Y sigue sin descanso sus labores,

Sin saber, ah! que en su vaivén incierto
Lleva la miel para la amarga vida
Y el blanco cirio para el pobre muerto!

Sos tres ladrones

Epoca fué de sórdidas pasiones;
El pueblo de rencor estaba henchido,
Y en el Gólgota, en sombras convertido,
Colgaban de sus cruces tres ladrones.

A un lado y en rabiosas contorsiones,
Espiraba un ratero empedernido;
En el otro, un ladrón arrepentido,
Y en medio *Un* robador de corazones.

De luto se vistió la vasta esfera;
Gestas el malo, se retuerce y gime;
Dimas el bueno, en su tortura espera,

Y el otro, *Aquel* de luenga cabellera,
Que sufre, que perdona y que redime,
Se robó al fin la humanidad entera.



Las mujeres, los niños y los heridos los tendieron sus brazos.

El sol rompió las densas nubes que lo envolvían y trepó lentamente por el horizonte iluminando con rasgos de fuego aquella escena desgarradora.

—Sí, es preciso salvarlos—exclamó un joven entusiasta—caerá sobre nosotros la maldición de Dios y el desprecio de los hombres, si no lo hacemos.

Unidos, somos invencibles, tornó a decir el adivino: pero aislados y hostiles seremos la presa y el escarnio de las tribus más despreciables.

Guaymirán levantó los ojos al astro, símbolo de su común creencia, y herido en las pupilas por su luz irresistible sacudió su larga cabellera como si quisiese arrojar de sí los malos pensamientos que le dominaban, y volviéndose rápidamente al viejo adivino, le gritó:

—Que cien hombres de los más fuertes, enlazadas las manos con las manos, hombro contra hombro, se adelanten en línea recta sobre el banco hasta la mitad del río. Nosotros haremos lo mismo y formaremos así un estrecho canal que sirva de tránsito a los débiles, y de invencible barrera a

la pujanza del río. Así lo ejecutaron, y entonces, a favor de aquella muralla de pechos humanos, asegurándose en ella, el resto de los fugitivos pasó y trasladó a la otra orilla a los niños, a los heridos y a las mujeres.

Cuando llehó el feroz Mameluco encontró la playa desierta; pero confiado en que bajase el río, sentó allí su campamento.

Los Guaraníes derrotados ganaron la selva, comieron y durmieron tranquilos esa noche, y, restablecidos de sus fatigas, en la madrugada del siguiente día, aliados con la numerosa falange de Guaymirán, sorprendieron a los Mamelucos y no dejaron uno solo con vida.

Pueblos del Río de la Plata y de la América española, partido que por diversos senderos perseguís un mismo ideal, el imperio de las instituciones, el bien, la felicidad de la patria, imitad en la buena como en la mala fortuna el proceder de Guaymirán: unidos sois invencibles, pero aislados y hostiles, seréis la presa y el escarnio de la más despreciable tribu.

A. Magariños Cervantes



BENEDICTO XV
(GIACOMO DELLA CHIESA)

El sucesor de Pío X. nació en Génova el 21 de noviembre de 1854. Ha llegado, pues, al trono pontifical casi a la edad de 60 años. Recibió el capelo cardenalicio el día 28 de mayo del presente año, día precisamente en que el Papa recién muerto celebró el último Consistorio.

El mundo católico ha recibido su elección con bastante regocijo.

Vencedores en los Juegos Florales



RAFAEL CARDONA

Autor de «El Poema de las Piedras Preciosas»,
laureado con la Flor Natural.



CAMILO CRUZ SANTOS

Autor del cuento «El beso de la esfinge»,
premiado con la Medalla de Oro.



Lic. ALEJANDRO ALVARADO QUIROS

Mantenedor de los Juegos Florales



ROGELIO SOTELO

Autor del poema «El Triunfo del Ideal»,
(Único accésit)

distinguir entre el guayacán y el guarumo, y que calculó por las apariencias, que la carretada merecía el nombre, cerró el trato con el mentiroso leñador, por siete miserables colones, precio exiguo por cosa tan «manífica» como la pintaba el ladino palurdo; según él, allí no había sino guayabillo, aunque, para no engañar, confesaba que se le habían ido en la cuenta unos pocos palos de guásimo y una media docena de guapinol. Dios lo tenga a donde tiene a Gestas! Y comenzó la descarga, en el zaguán de la puerta cochera. Mi dormitorio quedaba pared de por medio con el zaguán.

Echaba yo ese sabroso sueño del perezoso, el último de la mañana, para quien lleva una vida regalona, que a Dios gracias siempre he llevado, gracias a los millones que heredé de mis padres. El primer brazado de leña que cayó en el empedrado del zaguán, me despertó sobresaltado. Se armó la gorda!, exclamé, echándome fuera de la mullida cama con la idea de que la Unión Católica había dado el golpe que en esos días se esperaba y que aún creo se está esperando. El segundo brazado me dió la nota verídica de los hechos, pero ya espantado el sueño, procedí a medio vestirme y a fuer de «pagano», abrí una ventana y procedí a la inspección de la compra.

—Mire, ñor José, no siga descargando; ¿cuánto le ofrecieron por esa cochínada?

—Yo no traté con Usted, mi trato jué con acá, y el campesino señalaba con la jeta a mi consorte, y seguía tirando abajo los palos empapados y verdes de su carreta.

—Pues haya Usted tratado con quien haya tratado, yo soy el que paga y no me da la gana de pasar por un engaño como ese; su leña es una indecencia y su carreta no hace ni media carretada por lo chiquilla y por el caedizo que le ha dejado en medio. Si Ud. no tiene conciencia, para venir a engañar a una señora, yo tengo razones para hacerlo a Ud. respetarla. Cargue Ud. otra vez y lárguese cuanto antes.

Eso le dije, mi palabra de honor

que eso y más le dije y que por respetar a mis lectoras no copio y subrayé mis expresivas razones con una tremenda amenaza de pegarle un tiro si no procedía inmediatamente a recoger su indecente mercancía.

El palurdo saltó de su carreta y dejando plantados sus bueyes en mi zaguán, fuese, echando sapos y culebras, en busca de un «polecía» con quien retornó a los pocos minutos.

El representante de la autoridad, mozo buen mozo, de mediana pero garbosa estatura, blanco, ojos «gatos» y melenilla rizada, color de canela, bien retorcidas las puntas de un bigotillo color de herrumbe, había levantado información en el camino y, formado juicio completo sobre el intrincado caso, fallando in mente, a favor del ladino leñador. Con la contera del recio «tortol» dió unos cuantos golpes en la puerta principal, a los que respondí yo saliéndome a la acera, en mangas de camisa, listo a sostener mi derecho en todas las instancias.

—¿Qué la cosa? ¿ah?, ¿poqués que no quieren pagarle a este hombre su leña? ¿Qué que la quieren de valde? ¿Y usted fué el que lo amenazó con tirarlo? Se viene conmigo a la Comandancia. Acabá de descargar, dejá la carreta y los bueyes onde Manuel Hernández y te vas lijerito para onde don Gregorio. Apuren...!

Eso sentenció el agente de orden público, sin oirme, sin convencerme en juicio oral por él establecido en media calle y teniendo como auditorio a mi familia y algunos vecinos y viandantes. Naturalmente, el bigotillo sufrió serios estrujones de vanidosa propopeya de parte del policía y el carretero, henchido de suprema felicidad, me restregaba su triunfo con sonrisas y meneos de cabeza hartos significativos.

¿Qué yo soy pacífico?, ¿quién dijo que yo soy pacífico? Es decir, yo no ando en pleitos a cada rato, observo una política de prudencia que bien puede haberse interpretado por cobardía, en ciertos casos, mal interpretada, por supuesto. Pero, cuando se me sube el González o el Zeledón o el Ramírez o

el Castro, que de todos corren nutridos por mis venas, yo mismo me desconozco: me vuelvo una tintorera herida a la que hubieran robado sus hijuelos; no reconozco ni pelo, ni color, ni tamaño, y más cuando me siento empapado en derecho, con toda la razón de mi parte y a la sin razón batiendo palmas. Por consiguiente, enfurecido, pero aún conteniendo los feroces impulsos, dije al polieña:

—Este hombre ha tratado de engañar con su puercada de leña verde y mal cargada, a mi señora, quien no entiende de esas cosas; yo le llamé la atención a su dolo y él rechazó mis razones; me insultó y no me hizo caso; encolerizado, lo amenacé, pero sin arma ninguna y él se apeó de la carreta y se fué en busca suya. Venga Ud. y verá por sus ojos la maldita leña y se convencerá de que tengo razón.

—Eso lo debieron haber visto antes de cerrar el trato; si tiene algo que alegar, alégueselo a don Gregorio; traiga el saco y el sombrero y camine conmigo.

Mi indignación llegó al colmo, no pude más y a gritos destemplados y usando de un vocabulario que Sancho me hubiera envidiado después del vaporeo de la Venta, hice mi alegato en aquella corte callejera; el policía gritó más, el carretero terció en la contienda, la familia mostró su justa indignación y acudieron más vecinos, entre los que apareció mi buen amigo y proveedor don Celestino Gómez, a quien Dios guarde y haga prosperar por muchos años.

Celestino se abrió paso entre la multitud y dando un fuerte tirón al policía, le hizo observar que yo no era un simple mortal, sino nada menos que un Diputado al Congreso, inmune por consiguiente y merecedor de todo el respeto de que su insignificante autoridad fuera capaz.

El cambio que se operó es indescriptible; el policial me enderezó su

más dulce sonrisa y lanzó rayos de oprobio sobre la sucia cara del leñador.

—Éche para ver la leña. Y se encaminó a donde los cuatro guarumos y porosos yacían. A la vista de los palillos, se indignó, mas cuando se asomó al rancho que aún se ostentaba en la carretilla, la indignación no tuvo límites ni reconoció barreras; retorció nerviosamente el bigotillo y encarándose con el leñador, vociferó:

—Hombré, ¿y esto es lo que vos llamas una carretada de leña? ¿y a estos cuatro palos verdes en vida, llamas leña? Debía caerse la cara de vergüenza, antes de resolverte a venir a la ciudad a engañar a las señoras; ¿y por esa cochinateda querés que te paguen siete colones? Siete años de presidio te hablan de encajar por mala fe y por chiancho; hombré, ¿pos qué es lo que vos te estás pensando? Abrevía a cargar esas calillas y venite conmigo; es ya...

Y volviendo a mí su faz augusta, en tono quejumbroso y de altísimo respeto:

—Me hace el favor de dispensarme, pero yo no sabía que Ud. era... es decir, no sabía cómo era la leña y no me habían dado tiempo de ver el rancho; va Ud. a ver la que le va a pasar a ese concho mala fe, no le van a quedar ganas de volver a vender porquerías...

Y, efectivamente, diez minutos más tarde se llevó al carasucia con su yunta de terneros enclenques y su carretilla desvencijada, en donde campeaban en toda su verdura los guarumos, los poroses y los jiniocubos asegurados contra incendio.

Celestino Gómez, mi señora y yo, quedamos en la puerta de mi casa discutiendo acerca de un tema encantador: «El principio de Autoridad».

Mañón

(Inédito)

New York setiembre 13 de 1911.

SUSCRIBASE á "PANDEMÓNIUM" Es la mejor Revista ilustrada que se edita en Costa Rica.



Como la retrató un artista; la nebulosa Andrómeda pintada por el astrónomo Trouvelot



Como la retrató la cámara en 4½ horas; la nebulosa Andrómeda fotografiada



Un dibujo en que se trabajó dieciocho años; la luna, por el famoso artista John Rusell, R. A.



Una fotografía tomada en un segundo; la luna casi en la misma fase que en el dibujo de John Rusell

El dibujo de Trouvelot de la Nebulosa de Andrómeda muestra como un artista astrónomo puede obtener un buen retrato y sin embargo errar en puntos generales de estructura. Trouvelot dibujó las dos grietas con líneas rectas, las que son en realidad ligeramente curvas como se ve en la fotografía; curvatura que indica el movimiento giratorio de los anillos o espirales al rededor del núcleo. La falta del artista se debe simplemente al hecho de que cada vez vió una pequeña parte de la Nebulosa; el dibujo completo es el resultado de pequeñas vistas añadidas y la poca, pero importante curvatura de las grietas se perdió con este procedimiento. La placa fotográfica recibe impresiones simultáneas de la estructura completa. El dibujo de la luna al crayón se conservó en el Observatorio de Radcliffe, en Oxford. Tiene 4 pies 11 pulgadas por 5 pies y tiene la fecha de 1793; fué hecha por John Rusell, R. A., quien estaba provisto de un telescopio de 6 pulgadas suministrado por Sir William Herschel; le dedicó todas las noches posibles de que él pudo disponer durante dieciocho años. No es mucho decir que se pueden obtener mejores representaciones de la luna con un telescopio grande en uno o dos segundos. Nuestras ilustraciones fueron tomadas no hace mucho tiempo por el profesor H. H. Turner.

¿Si usted no fuera mujer, qué hombre desearía ser?

La revista parisiense *Femina* abrió hace poco entre sus lectoras un concurso sobre esa interrogación, en el cual resultaron escogidos con mayoría de votos Napoleón, en primacía, y siguiéndole en orden de clasificación Pasteur, Víctor Hugo, Edison, Poincaré, Rostand, Blériot, Wagner, Beethoven, y Musset, y premiada con un collar de perlas de 20,000 francos, la respuesta que más se acercaba a dicho resultado y que es la siguiente: (1) Napoleón, (2) Víctor Hugo, (3) Pasteur, (4) Edison, (5) Poincaré, (6) Wagner, (7) Blériot, (8) Gambetta, (9) Beethoven, y (10) Musset.

Luego *Femina* pidió a su colaboradora Marcela Tinayre una exposición de las razones que pudieron tal vez guiar a las concurrentes en la elección de esas celebridades para su tipo ideal de hombre, y he aquí las reflexiones que el caso sugiere a la eminente literata:

¿Si usted no fuera mujer, qué hombre desearía ser? He aquí una interrogación a la cual es casi imposible responder. Preguntadle a un hombre qué mujer desearía ser, y quedará desconcertado, tal vez casi ofendido ante semejante hipótesis. Ser mujer, mujer bonita y espiritual, no resulta envidiable destino para los que llevan bigote. Prefieren ser un hombre, un hombre mediocre y sin mayor gracia. Y hay que convenir en que tienen razón, pues de cada mil mujeres consultadas en tal caso, novecientas noventa y nueve deploran no haber nacido varones.

¿Acaso este sentimiento femenino entraña un homenaje a la superioridad del masculino? No lo creo. Las mujeres tienen la certeza de ser, en su debilidad, más bellas, más finas y mejores que los hombres. Hoy día, no

se creen menos inteligentes ni menos capaces para el desarrollo intelectual.

Entonces, por ¿qué tantas mujeres, hasta las mismas privilegiadas por la naturaleza y por la sociedad, lamentan no poder cambiar de sexo?

Porque los hombres son más libres y parecen más felices que nosotras.

El porvenir de una mujer depende del marido con quien se case; su juventud transcurre en la espera y la incertidumbre. El azar del matrimonio puede desbaratar todos sus proyectos, si acaso ella es de las que hacen proyectos. Quizas cambie de país, a veces cambia de medio y siempre cambiará de ambiente y su sér moral y físico se transforma forzosamente.

¿Tiene gusto y vocaciones personales? Pues deberá para cultivarlos, tomar en cuenta la voluntad de la familia y ciertos prejuicios sociales, mientras que para un joven todo oficio es un buen oficio que puede producir riqueza y honores.

Las mujeres conocen esta diferencia y cuando son de naturaleza pasiva piensan: «Es así porque no puede ser de otra manera». Cuando son razonables piensan: «Es así y es necesario aceptar lo inevitable y tratar de mejorar cuanto se pueda la condición de la mujer». Y cuando son violentas y decididas, piensan: «Es así, pero es abominable. Hay que cambiar». Pero pasivas, prudentes o revolucionarias, todas proclaman que los hombres tienen la suerte de ser hombres y en cuanto están a punto de ser madres desean un hijo varón.

Que no me equivoque y que este pequeño análisis psicológico es exacto, lo comprueban los resultados del concurso abierto por *Femina*, los cuales dan informes claros sobre el estado de almas de nuestras contemporáneas.

El laureado del concurso, el hombre que obtuvo la mayoría de votos fué sencillamente... Napoleón!

Y el que reunió el menor número de sufragios entre los diez nombres escogidos por las lectoras concurrentes de *Femina*, aquel cuyo genio y destino parecieron deseables sólo a mil cincuenta y siete mujeres fue... Alfredo de Musset.

Ahora bien, sabido es que Napoleón era más bien áspero para con las mujeres, a las que consideraba aptas no más que para darle soldados.

Napoleón no amaba a las mujeres. ¿Y por qué, entonces, es amado de todas las que no hubieran podido soportar si se hubieran casado con él y qué, si hubieran sufrido su pesada ley, hubieran aborrecido en él al sacrificador de sus hijos?

Porque Napoleón está muerto desde hace un siglo, como todos aquellos a quienes hizo matar. El horror de las hecatombes se atenúa con la lejanía, y lo que domina es una maravillosa figura legendaria entre un deslumbramiento de gloria.

Las mujeres aman al joven general que pintara Girodet, febril y pálido, envuelto entre los pliegues de la bandera en el puente de Lodí. Aman al emperador de treinta y cinco años coronado por el Papa en Norte-Dame. Aman al vencedor de Austerlitz, entre la púrpura del sol levante, y aman al mártir de Santa Elena. La idea de que este hombre vió la destrucción de su obra y murió en exilio sin poder ver por última vez a su hijo, debe enternecer el corazón de las mujeres. Lo que en Napoleón las atrae es la magnificencia poética del sér excepcional y la aureola del sufrimiento, mucho más que el prestigio de la gloria militar. Desearían vivir la vida sorprendente de ese hombre para po-

seer su inmortalidad y diríase que lo que las mujeres envidian a Napoleón es su mausoleo.

¿Pero, y Alfredo de Musset? Este siquiera amó a las mujeres, vivió para el amor y sólo cantó el amor.

¿Por qué su vida, un tanto breve, no les parece envidiable? ¿Por qué es el último en la lista después de Pasteur, Víctor Hugo, Edison, Poincaré, Rostand, Blériot, Wagner y Beethoven?

Sin duda porque Alfredo de Musset fué el más femenino de los hombres y de los poetas. Su cabellera rubia, su sensibilidad efusiva, su nerviosidad morbosa, su urgencia de ternura y mimo, su apetito de emociones y de sufrimientos, sus celos y su debilidad, su humor caprichoso, sus arrebatos y fanfarronerías, todo eso, todo eso es femenino. Las mujeres lo comprenden y acaban por pensar:

«No vale la pena cambiar. Si una pudiera convertirse en hombre, que fuera para ser un hombre completo. ¡Víctor Hugo fué un genio viril, como Pasteur y como Edison. Poincaré y Blériot son gentes que *llegaron*, cada cual a su manera. Sería agradable ser Edmond Rostand cuya fama es universal. Se vacilaría en ser Wagner o Beethoven, porque son alemanes; pero... Musset, un hombre-mujer ¿para qué?»

Así quizás pensaron en su cruel sinceridad nueve mil ochocientas setenta y nueve votantes, poseídas del valor, la energía, el orgullo y el éxito: pero entre las lectoras de *Femina* hubo mil cincuenta y siete sentimentales que prefieren el pálido follaje del sauce o del laurel.

Son bastantes para consolar la sombra inquieta del poeta de las *Noches*.

Marcela Tinayre

EGOÍSMO? NOVELA COSTARRICENSE
POR CLAUDIO GONZÁLEZ RUCAVADO

DE VENTA EN LA LIBRERIA ALSINA

Fiesta Patriótica



Fot. de Gómez Miralles

EL DESFILE HACIA EL CEMENTERIO

El cortejo pasando frente a la casa Mora, donde fué instalado la lápida conmemorativa.



Fot. de Gómez Miralles

EN EL CEMENTERIO

La bendición del Busto por el Ilmo. Sr. Obispo Stork

Revistas

El número 1 de la *Revista Americana* de Buenos Aires ha llegado a nuestra mesa. Véanse sus propositos:

«En América no nos conocemos. *Revista Americana* trae el sano propósito de corregir en parte ese defecto común, abriendo sus páginas a toda idea, a toda noticia de interés americano.

Destinará una sección informativa a cada una de las naciones americanas. Reproducirá los mejores artículos literarios, científicos, políticos, etc., de autores poco conocidos fuera de sus propias patrias, por carecer de medios y facilidad de difusión.

Resumirá, en síntesis, la vida de cada república hermana en todos sus aspectos. La mayor circulación de *Revista Americana*, asegurará un continuo engrandecimiento y mejoras de sus diversas partes, por cuanto su aparición no la guía punto de mira comercial o lucrativo. Aspira tan sólo recorrer de punta a punta el continente, empujada por el esfuerzo de todo americano que ame con cariño de hijo su tierra y respete la integridad del hogar común. Aparece con la esperanza puesta en los hispano-americanos sin tacha, que ayuden a hacer de esta hoja vínculo de unión pacífica, espiritual y grande, entre los pueblos hermanos que, desgraciadamente, se desconocen. La grandeza de los pueblos está en el conocimiento de sus propias fuerzas, vicios y virtudes. Los pueblos, como los hombres, que no alimentan una correspondencia recíproca y continua, no pueden intimar entre sí*.

La *Revista Americana*, viene pues, a trabajar por los hermosos ideales que hace un tiempo pasó predicando por estos países el notable escritor argentino Manuel Ugarte. Digamos de

paso que Ugarte es uno de los principales colaboradores de la *Revista Americana*.

Démosle, pues, la bienvenida a tan oportuna y prometedora publicación.

* * *

Muy interesante resulta el número de la revista ilustrada *Hojas Selectas*, de Barcelona, correspondiente al mes de setiembre, que acabamos de recibir. En realidad no cabe pedir más en cuanto a la importancia, interés y amenidad de los numerosos trabajos literarios que publica, ilustrados todos con preciosos fotograbados o con dibujos de los mejores artistas. He aquí un extracto del sumario:

La isla de Elba y el palacio de la Malmaison, con 14 grabados.—*Supersticiones en medicina*, con 11 grabados.—*El tema del reino de Bélgica*, por Alfredo Opisso, con 2 dibujos de J. Pey.—*Vesania ambiente*, por José G. Acuña, con 2 dibujos de J. Calderé.—*Escenas bonaerenses*, por J. Víctor Tomey, con 2 dibujos de R. Tomey.—*Exposición etnológica de París*, con 6 grabados.—*Los botones de concha*, por R. I. Geare, con 6 grabados.—*Setiembre*, soneto original de José Wen Maury.—*Reforma de las grandes ciudades americanas*, con 9 grabados.—*El periodista detective*, novela original de Mr. Headon Hill, con 2 dibujos de Cabrinety.—*El «Orfeó Catalá» en tierras amigas*, con 5 grabados.—*La Exposición internacional del Libro en Leipzig*, con 15 grabados.—*Gaceta de la Mujer*, con 18 grabados.—*La moda parisiense*, por Mme. Gagnier, con 6 grabados.—Publica además una nutrida sección de actualidades, epigramas y miscelánea selecta, con una nota política de Ricardo Opisso y otra cómica de Angel Huertas.